

terías; a veces el artículo trata de pintura, de música o sobre arte en general, y en estos temas, al parecer tan inofensivos, también se introduce el espíritu nuevo.

El racionalismo toca la literatura y transforma radicalmente la obra de arte, para la que no cuenta tanto la belleza puramente estética como la ideología que encierra. Por este motivo, el siglo XVIII es pobre en grandes obras de arte, porque el artista de esta época, que obra sólo a impulsos de la razón y no del sentimiento, no infunde a su creación la vida palpitante que el arte requiere, sino la esquemática frialdad de una filosofía.

En cuanto a los filósofos, según dice Lanson, hay que reconocer que «decididamente, con frecuencia, generalizan de un modo abusivo. Dan leyes para el Universo y para la eternidad, sólo porque así lo exigen las necesidades de los franceses de su siglo. Las ciencias experimentales que se constituyen precisamente en este siglo, ¿no producen de igual modo? De los hechos deducen las leyes; así que se toma una ideología, es decir, una combinación de ideas abstractas sin relación con la realidad, por un cuerpo de verdades experimentales, lo cual es falta grave.» Imagínese la gravedad de esta falta cuando se intenta proceder de acuerdo con este modo de pensar. Reconstruir la sociedad por la sola virtud del razonamiento es un sueño de la razón y ya se sabe que, como reza el lema de aquel famoso grabado de Goya: «los sueños de la razón producen monstruos».

Sin embargo, hemos de agradecerle a esta época que estableciese los fundamentos de la sociedad moderna, sus avances en la legislatura social, una tabla de los derechos del hombre —a la que nosotros hemos añadido otra de los deberes cris-

tianos—, la renovación de las costumbres y amplio espíritu cosmopolita.

Ya puede comprenderse que todas las figuras literarias de esta época están empapadas del espíritu de la Revolución, y si bien unas veces mueren antes que ésta se produzca, no por eso dejan de ser las promotoras más directas de ella.

*Montesquieu* (1689-1755) escribe las «Cartas persas», una acre censura de las costumbres de la época y su famoso «Espíritu de las leyes», donde hace un estudio comparativo de todas las legislaciones, para llegar a la conclusión de que éstas se determinan conforme a la idiosincrasia de los pueblos, a su clima, geografía y otras circunstancias.

*Voltaire* (1694-1778) llena todo el siglo XVIII con una supremacía absoluta y en ningún momento decadente. Dirige la vida francesa en todos sus aspectos, ya que su espíritu inquieto y curioso se ocupa de todos los temas. En el aspecto literario, Voltaire escribe obras de escaso mérito; una epopeya *La Henriada* y tragedias al gusto clásico, obras que, sin embargo, en su época tuvieron éxito. Se erige en censor académico de toda la producción de su tiempo, dicta leyes para todos los géneros, escribe obras de historia, de pseudociencia y especialmente se lanza de lleno a la lucha filosófica.

Su odio a la religión le caracteriza, y los ataques dirigidos contra el cristianismo le valen la excomunión y ser incluido en el índice. A pesar de esto, Voltaire triunfa en la sociedad de su tiempo, y un rey librepensador, Federico de Prusia, le llama a su corte y le hace su amigo preferido, lo que no impide que esta amistad se rompa por el espíritu agudo y la festiva insolencia de Voltaire.